

CINCO ANECDOTAS DE FRANCO

La anécdota es como un gesto que se sorprende en el rostro, el que revela un estado momentáneo espiritual. Unidas las anécdotas delinean el carácter. Y el carácter es la mitad del hombre; la otra mitad es su vencimiento del carácter. No somos más que espontaneidad—anécdota—y esfuerzo por ordenarnos a un fin—conducta—. Los estudios sobre los hechos de Francisco Franco iluminan sus acciones, sobresalientemente históricas. El anecdotario está inédito. Voy a contribuir a su colección con cinco destellos que explican, a lo poquito, el modo de ser de una figura de dimensión impresionante.

I.—SERENIDAD

Me lo contó el general Beigbeder en el mismo Tetuán, donde sucedió, en aquellos días del 38 en que fuimos, a las órdenes de Corrochano, Marquerie, Lucientes, Vela y yo a fundar "España", de Tánger. Beigbeder me mostraba el "despacho del Caudillo", en la Alta Comisaría, el que ocupó a su llegada el 19 de julio de 1936. En él hay una lápida que lo conmemora.

—Llegó Franco, después de su peligroso viaje desde Canarias; del aeroplano saltó a tierra y Sáenz de Buruaga y unos cuantos oficiales le dimos el parte de la situación. En el salón de la Alta Comisaría estábamos desde media mañana el plano—el primero—de aquel proyecto de reconstruir España empezando por el cimiento. El cimiento había de basarse en la colocación de los puntos de apoyo victoriosos. De lo que se oía por las "radios", de la confusión, de las diversas operaciones, estábamos la impresión más pesimista. No nos quedaba, después del caos de las primeras luchas, sino Sevilla, donde Queipo fingía, atrincherado en las ondas, tener millares de legionarios..., todos en la zona marroquí; Cádiz, Zaragoza, Burgos y alguna ciudad castellana más, Galicia, Navarra, Canarias. Esto era lo seguro. Lo seguro, también, que las milicias marxistas habían aplastado los débiles intentos del resto de la Península, y aun Baleares parecía tambalearse en el combate desigual. Por la noche, la fiebre no había remitido. Estábamos convencidos de lo peor. El Ejército de Marruecos, unos 18.000 hombres, permanecía intacto, fieramente fiel. Pero con la escuadra invadida y los oficiales detenidos, para nuestro Ejército—el único—comenzaba el bloqueo. Y en el solar nacional, salvo algunos cercos numantinos y ciertas comarcas a modo de islotes de resistencia, todo seguía anegado por la ola roja, creciente, violenta, implacable en su numerosidad y ferocidad triunfantes. Decir los cigarrillos que se fumaron, los nervios que se desgastaron, los proyectos que se hicieron, sería describir el cuadro de unos capitanes y unos soldados que se ven en el trance peor: llenos de coraje y, al mismo tiempo, aherrojados. Tan sólo Franco permanecía silencioso, atento a los datos, que unía y analizaba para encontrar la certeza. Pues las noticias de las emisoras eran cada vez más mareantes, tan contradictorias. Sin embargo, la deducción era la exacta: nos habían aplastado en los sitios clave, donde había guarniciones, jefes de calidad e industria, y en las capitales. Nos mirábamos unos a otros y casi no nos conocíamos: tan crispado era nuestro gesto. Aquello era peor, mucho peor, que combatir. Hablábamos a un tiempo, en tensión de no poder hacer, nosotros que teníamos poder para ello, los únicos que disponíamos de fuerzas; los demás, incluido Mola, impelidos a racionamientos inverosímiles de municiones, sin talleres, con hombres, pero

hombres con pistolas o palos. La desgracia se cernía sobre el Alzamiento como ave agorera. Así, hasta las once de la noche, todos a punto de estallar. Excepto Franco, digo, que miró al reloj y nos dijo con su sencillez pasmosa: "Bueno, es hora de irse a dormir." Y, saludándonos, se metió en su cuarto-despacho, este mismo que tiene la lápida. Pensé, como pensamos todos: "Se ha metido ahí para evitar el ruido, para meditar en silencio, para trazar algún plan." Eso creíamos. Pero yo, curioso, a los cuantos minutos abrí con sigilo la puerta y me asomé. Franco, en su cama de campaña, dormía tranquilamente. Volví a la tormentosa reunión, sonriente. Me dije para mí: "Tenemos quien nos guíe con seguridad. Con la seguridad del que domina los acontecimientos." Y así ha sucedido.

II.—PREOCUPACION

Esto me lo relató Millán Astray, en la llamada zona nacional, en una de nuestras cordiales entrevistas, donde glosábamos las teorías falangistas y el posible diseño del nuevo Estado.

—Ya sabes lo que ocurrió cuando los rojillos tomaron Teruel. Era la primera acción en que podían cantar victoria, debido a que el comandante de la plaza capitulara. Pero el hecho, por inesperado, impresionó mucho, ¿te acuerdas? Además, ya sabes que el Generalísimo acude a la cita militar siempre, y los comunistas-separatistas habían planteado la batalla en un lugar para nosotros muy desfavorable para la logística, por lo desértico y la falta de accesos. Lo mismo que acudió Franco a Brunete, a la cita que le daban con su ataque, acudió a Teruel. Pero lo de Teruel, con haber sido tremendo lo de Brunete, era peor. Pues allí había que llevar unos cuantos cuerpos de él a la desolación lunar, sin pueblos, sin caminos, sin agua, sin base posible alguna; la más cercana, Zaragoza. No sabes lo que es eso para un general. Tener que hacer acampar sin escamotear al servicio de vigilancia enemigo cientos de miles de hombres al aire, a la intemperie, sin protección y con decenas de grados bajo cero... Yo estaba en Salamanca, y me emocionó pensar cómo el Caudillo estaría a aquellas horas preparando una ofensiva durísima, quizás trascendental para el curso de la guerra, en las peores condiciones que se le pueden presentar a un jefe. No me pude contener y me fui a "Términus", como se llama el cuartel general de Franco. Quería verle y quería ayudarle en algo, en lo que me indicara. "Términus" era un tren, en aquella fase de la guerra. Hallé al Generalísimo, como me lo figuré, hondamente preocupado. Después de los saludos, siguió paseándose a lo largo del departamento, inclinado el rostro; estábamos en silencio, yo también en pie, contemplándole en su abstracción, en la elaboración de sus cálculos, de los que dependía la suerte de una batalla importantísima... Se detuvo ante su mesa llena de planos y mapas, tomó una cuartilla, trazó unos números y me dijo, ceñudo, severo: "Pepe, ¿tú crees que con tres pesetas diarias, puede vivir un pescador gallego con su familia? Pues, a eso toca dividiendo por trescientos sesenta y cinco días todo lo que gana al año." Y tiró sobre la mesa el papel, indignado. Era lo que le preocupaba en aquel momento, que a mí me parecía decisivo. Le preocupaba la justicia social, lo que se debía hacer en España después de la victoria. La batalla no le preocupaba. Estaba dominada de antemano por él.

III.—EL SOLDADO

Fuí a Burgos a un asunto de mi servicio. Me enteré de que el Generalísimo iba

a visitar un hospital, y para saludarle me incorporé al grupo de espera. Al mismo tiempo le daba un abrazo a mi amigo el doctor Larrú, que ejercía en aquel hospital su tutela científica. Llegó el Caudillo. Vestía, como siempre en la campaña, el capote holgado, sin más condecoraciones que el yugo y las flechas; tocábase con el gorriño, pero eso sí—elocuente detalle—,

si los combatientes, sin excepción, y eran por millares de millares, le daban el gorriño hacia la derecha, derribándole un poco sobre la ceja como guiño picaresco, el gorriño de Franco permanecía en la vertical exacta, sin marchoseria, disciplinado. El hospital era más doloroso que los de primera cura. Naves con dos filas de camas entre artilugios de listones, cables, cuerdas, poleas y pesas, en cuyo enredo yacían, inmóviles, los heridos escayolados que precisaban pasarse en aquel tormento cuarenta, más días, para suturar las fracturas, las parálisis momentáneas, las trepanaciones. Franco recorría, cama a cama, el aparatoso inverosímil laberinto de la ingeniería médica. Dentro de cada artilugio, un hombre asomaba su cara joven, empalidecida, los ojos más negros y más igneos, quemados por la fiebre. A cada cual le daba la mano. No hablaba. Se le veía conmovido. Así llegó a un bulto entrapajado de cuya alba envoltura de vendas salía un ojo sólo. El médico de guardia le iba explicando la lesión de cada cual. "Tiro en la cabeza", le informó al oído. Franco tomó la mano del soldado. "¿Mucho?" le preguntó. "Sí, mi capitán". "¿No llevabas casco?" "Sí, mi capitán". Franco se animó. Sin dejar la mano del soldado, se puso a explicarle. "Mira, gracias al casco te has salvado de que te atravesara la bala, porque las curvas del casco están calculadas de tal modo que el proyectil resbala sobre su superficie; pocas son graves debido a lo estudiado de su curvatura. Sólo un tiro de frente, muy frente a frente, sin resbalar, entra. Por eso lo tuyo ha sido de refilón. Y por eso te pondrán bueno. Además, ya sabes que el casco libra de los otros proyectiles, las piedras que hace saltar la artillería. ¿Te acuerdas? Para eso es muy útil. Cuando vuelvas a filas, no olvides que hay que inclinar la cabeza en los bombardeos. El casco te libra de las piedras, que muchas veces son peores que las balas. Y esto de ahora no te preocupe, muchacho." El soldado sonrió alegre, por primera vez, quizás. "Sí, mi capitán." Soldados aldeanos que no sabían las graduaciones. Eran voluntarios, pocos días aún en filas. A todos los jefes les contestaban "Sí, mi capitán". A Franco le había dicho el médico: "Tiro en la cabeza. Mortal." El soldado se confortaba con la conferencia del buen capitán, que sabe cómo enardece, hasta para morir, una palabra de tú, una palabra de corazón a corazón.

IV.—FIDELIDAD

Me intrigó que la insignia de la Falange que llevaba Franco fuera de un metal oscuro, como de hierro. Pregunté. Me contestó un ayudante: "Se la ha mandado hacer con el plomo de los proyectiles que extraen a los soldados heridos."

V.—VISION

Un día llamó al ministro de Información, no sé si lo era ya Arias Salgado, o fué antes de su gestión activísima. Le dijo: "Hay que hacer una revista ilustrada para los obreros y personas que no pueden emplear mucho dinero en periódicos. Las revistas que se publican cuestan demasiado para los trabajadores manuales, deben tener su revista." A continuación le expuso su idea minuciosamente. Así nació "7 Fechas", que, en efecto, en seguida llegó a una de las mayores tiradas de la Prensa española.

Las anécdotas enriquecen la vida de los héroes, evitan en su retrato el apresto de la solemnidad, les acercan a los hombres comunes. Alguna vez contaré más anécdotas de Franco, en que aparece el hombre llano, sensible, sencillo y juvenil.—T. B.